

JUEVES SANTO

1ª lectura (Éxodo 12, 1-8.11-14): *Es la Pascua, el Paso del Señor.*

Salmo (115, 12-13.15-18): *«El cáliz de la bendición es comunión de la sangre de Cristo»*

2ª lectura (1ª Corintios 11, 23-26): *Haced esto en memoria mía.*

Evangelio (Juan 13, 1-15): *No todos estáis limpios.*

“Este día será para vosotros memorable, en él celebraréis la fiesta del Señor; ley perpetua para todas las generaciones”. El autor sagrado funde en un mismo texto el recuerdo de un acontecimiento y su propia celebración litúrgica; diríamos que la historia justifica la celebración y ésta a su vez conmemora y actualiza dramáticamente los hechos pasados. Se trata de un hecho fundamental para el pueblo de Dios, su liberación de la esclavitud como el primer paso para convertirse en pueblo de pleno derecho, en el pueblo elegido de Dios. Todas las generaciones futuras deberán recordar y celebrar este acontecimiento.

“Somos un pueblo que camina”, cantamos muchas veces. Ciertamente, nuestra historia como Iglesia y la vida como cristianos es continuación de toda la historia de salvación que comenzó con el pueblo elegido, que alcanzó su plenitud con la presencia de Jesús y llega hasta cada uno de nosotros que vivimos apoyados en su entrega y Resurrección. Hemos sido salvados: nos sentimos parte de este pueblo y llamados a formar esta comunidad de amor servicial y salvador.

Lo que está claro es que Dios Padre siempre actúa en la vida humana, que interviene a favor de su pueblo. Nada de promesas vacías, ni excusas de bien quedar, como suelen ser las nuestras. La presencia y manifestación de Dios es siempre salvación y entrega. Necesitamos vivir bien la vida, estar atentos, despiertos del sueño, para reconocer que todo lo que somos y construimos de verdad nos viene de este Padre. Al pueblo de Israel le costó darse cuenta de que eran elegidos, pero cuando lo hicieron, se sintieron libres de toda esclavitud y atadura, atendidos y cuidados en sus trabajos y en su historia, y supieron recordar y hacer presente que quien les había hecho libres estaba para siempre en medio de ellos, era la Pascua que siempre celebraban, el paso del Señor.

Nosotros también estamos llamados a celebrar y vivir la presencia de Dios en la vida. Jesús está entre nosotros, no “pasa” sino que se queda, y bien dentro y para siempre. No solo lo recordamos, sino que lo hacemos presente en cada celebración: Él está aquí, su Cuerpo y Sangre que se entrega para la vida del mundo. Esta es la fe que compartimos, que también nos recuerda Pablo, y que, al vivirla la llevamos a los demás, para que así nadie quede fuera del amor. Hoy es Jueves Santo. No es posible quedarnos en las ideas, ni en el recuerdo fácil que no lleve a comprometernos con los hermanos, con sus gozos y pesares de cada día. La Eucaristía es entrega y compromiso. Es Alimento para el camino de la vida. Es comunión en el Amor. Hoy las palabras se quedan cortas, y solo apoyan la Entrega y el Servicio.

Es curioso que el evangelista Juan no nos narre la institución de la Eucaristía. Nos relata el lavatorio de los pies, un acto de servicio, que normalmente realizaban los esclavos, para remarcar el gran amor de Jesús por sus discípulos. La misión de Jesús ha sido revelar el amor como fuente de vida, y ahora se prepara a culminar su misión, amar a los suyos del mundo hasta el extremo. Antes de volver a su Padre, Jesús quiere incorporar a los suyos en la obra que Él ha realizado. Cenando con sus amigos, Jesús se levanta –sentado ni desde arriba nadie puede servir–, se quita todo lo que sobra, y se hace servidor de todos, y se nos ofrece para decirnos que en el servicio está la verdad; que en el hacerse humilde, la grandeza; que en la entrega total a los demás, está la alegría y el sentido de la vida.

La transformación del hombre, del viejo Adán y del antiguo pueblo de Dios, pasa por enseñar al hombre la forma sustancial de su dignidad. No es más digno el hombre porque alardee de su posición social y rehuya los menesteres más humildes, sino porque cumple su tarea de servir al Señor, sirviendo a sus hermanos. Jesús no escatima generosidad en este acto de servicio, que realiza con toda dignidad, primero en el lavatorio de los pies y después entregando su propia vida. Todo lo contrario de lo que hacen los grandes que no son cristianos; someten a los súbditos e imponen su autoridad. Las palabras de Jesús no ofrecen duda alguna: **«No será así entre vosotros, antes bien, quien quiera entre vosotros ser grande que se haga vuestro servidor pues, el Hijo del Hombre no vino a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por los otros».**

La razón última de la Eucaristía es esta entrega de Jesús por los demás. Su razón sin límites, su obediencia al Padre, su deseo ardiente de estar siempre con los hombres, quiso Jesús plasmarlo en ese sacramento admirable que es el centro de la fiesta de hoy: su Cuerpo y su Sangre, su propia vida entregada en favor de los hombres. ¿Quién se resistirá a celebrar este acontecimiento, a recordar este acto de amor de Dios? Eso sí, sin olvidar sus palabras llenas de ternura: **«Haced esto en memoria mía».**

Con frecuencia solemos poner límites al amor, condiciones y limitaciones que lo hagan rentable para lo que queremos conseguir; difícilmente amamos y queremos a fondo perdido. Jesús devuelve el verdadero sentido a ese amor sin límites, sin reserva, al lavar los pies de sus discípulos como modelo de entrega hasta la muerte. Día del Amor Fraternal y de la Caridad. Día de la Entrega, del Servicio y del Amor. No se puede ser más claro. Jesús lo dice: **«vosotros me llamáis el Maestro y el Señor, porque lo soy. Pues aprended el ejemplo que os doy: haced lo mismo entre vosotros».**